

# 3. OTROS ARTÍCULOS

## SENTIMIENTOS ANTIPARTIDISTAS EN EL CONO SUR: UN ESTUDIO EXPLORATORIO

Covadonga Meseguer Yebra\*

### 1. INTRODUCCIÓN

El presente ensayo tiene como objetivo indagar en las relaciones entre ciudadanos y partidos en Argentina, Chile y Uruguay. Para ello, se emplean discusiones teóricas que han centrado el pensamiento sobre los partidos políticos recientemente, integrándolas con las especificidades de aquel contexto regional.

Uno de los debates principales –sino el central– en torno a los partidos políticos es el que cuestiona la vigencia de los mismos como actores mediadores entre los ciudadanos y el estado, su capacidad para transmitir demandas sociales y para forjar identidades y consensos (Biorcio y Mannheim, 1995). La vieja caracterización que Sartori hizo de los partidos políticos precisamente en estos términos se ha visto superada, se argumenta, por las intensas transformaciones sociales de las últimas décadas. Dichas transformaciones han puesto en escena a individuos “s sofisticados” que buscan prescindir de la función mediadora de los partidos prefiriendo formas alternativas de representación de intereses. Qué mejor evidencia al respecto que la que proporcionan los niveles decrecientes de vinculación a partidos reflejados en numerosos trabajos empíricos (Dalton, Flanagan y Beck, 1984; Crewe y Denver, 1985)<sup>1</sup>.

La anterior es la interpretación sociológica de la llamada “crisis de los partidos” que apunta a los cambios sociales como la causa principal de los problemas de representación. Por contra, Mair (1993: 130) reivindica la “sociología política” frente a quienes ven en lo político sólo un reflejo pasivo de lo social, esto es, defiende una explicación de la supuesta crisis en términos de cambios acaecidos en las estructuras organizativas y las estrategias de los propios partidos. Esta misma visión es compartida por Schmitt y Holmberg (1995) quienes consideran que el declive en el

interés de los ciudadanos por la vida partidaria no tendría tanto que ver con tendencias postmaterialistas o individualistas como con una disminución en los niveles de polarización y conflicto ideológico entre los partidos. De acuerdo con su estudio, ambas variables afectan a los niveles de “partidismo” en la mayoría de los países que analizan.

Como otras muchas cuestiones en Ciencia Política, la “crisis de los partidos” está lejos de ser una cuestión no controvertida. Donde unos ven “crisis” otros ven “declive” e incluso tan sólo un “mito” (Mair, op. cit.). Éste estaría suscitado por el atractivo que despierta la novedad de un debate apasionante. Como consecuencia de ello, la balanza de las discusiones se habría inclinado excesivamente hacia los aspectos de “cambio” en detrimento de los aspectos de “continuidad” y supervivencia de los partidos, tanto o más llamativos. Así, este autor defiende la estabilidad del electorado, el congelamiento relativo de los alineamientos y la perdurabilidad de los viejos partidos en Europa.

Pero el debate no se limita a la defensa de la vigencia de los partidos frente a la decadencia de los mismos. Una ramificación de la discusión afirma que los partidos no sólo son “redundantes” sino que se han convertido en una amenaza para la “buena sociedad”. Entramos así en el tentativo terreno de los sentimientos anti-partidistas o “negación” de los partidos (Daalder, 1992). Es precisamente en este terreno en el que este ensayo se enmarca.

\* Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Instituto Juan March. Agradezco a Marta Lagos y Miguel Basáñez el acceso a la encuesta.

1. La preocupación por el declive del *partisanship* no es vana. Cuando éste se presenta, la volatilidad electoral tiende a aumentar, como también lo hace la fraccionalización de los sistemas de partidos, complicándose la construcción de coaliciones y el proceso de formación de gobierno (Schmitt and Holmberg, op. cit. :100).

En el siguiente apartado se realiza una breve discusión sobre los sentimientos antipartidistas, conceptos e indicadores de un campo de análisis todavía en construcción. Aunque los estudios empíricos al respecto se han centrado —que yo sepa— en casos europeos, en este trabajo se utilizan esos indicadores en tres democracias latinoamericanas. Como señalan Poguntke y Scarrow (1996: 260; mi traducción) “las tradiciones políticas nacionales y las culturas políticas influyen con toda probabilidad la profundidad y las manifestaciones de los sentimientos anti-partidistas” (también Biorcio y Mannheim, op. cit.). Ese contexto particular se presenta en el apartado III para dar paso a los comentarios de los resultados del análisis estadístico en la sección IV. Finalmente, las conclusiones cierran este trabajo.

## 2. ANTIPARTIDISMO: ALGUNAS REFLEXIONES

Como decía anteriormente, el interés por los sentimientos antipartidistas constituye un campo de teorización reciente y problemática. No en vano, Poguntke (1996) considera que la Ciencia Política se mueve aquí en terreno “minado”: ni los conceptos son claros, ni los indicadores lo suficientemente precisos como para asegurarnos que reflejan lo que se persigue captar.

Este mismo autor (p. 320; mi traducción) se refiere a los sentimientos antipartidistas como “orientaciones desfavorables hacia los partidos entre las élites intelectuales y políticas y el público en general”. Se percibe a los partidos como núcleos de luchas intestinas despreocupados del bien común, incapaces de diseñar políticas consistentes y con inclinaciones corruptas. Estas “orientaciones desfavorables” son interesantes en la medida en que tienen un impacto sobre las actitudes y por tanto sobre el sistema. No es infrecuente, sin embargo, el que el público exhiba un cierto cinismo de “ladrador que no muerde” (Gunther et. al., 1994) al existir evaluaciones afectivas y/o cognitivas contrarias a los partidos sin un correlato al nivel de los comportamientos.

Hay dos enfoques complementarios en el análisis de los sentimientos antipartidistas: el nivel de las élites y el nivel del público. En este último caso, los sentimientos antipartidistas se reflejarían en “actitudes escépticas e incluso hostiles hacia el papel, función o actuación de los partidos políticos” (Poguntke y Scarrow, 1996: 277; mi traducción). El origen de tales sentimientos es diverso. Puede venir fomentado por una clase política que precisamente denuncia el carácter oligárquico y corrupto de la maquinaria política y se presenta por encima de ésta o puede ser el resultado perverso de la combinación de democracia y una sociedad cada más individualizada (Deschouwer, 1996). Esta última fomentaría demandas excesivas y la tendencia a evaluar el sistema en términos de resultados específicos. En la medida en que los partidos se vieran desbordados por estas demandas e incapaces de satisfacerlas y canalizarlas desaparecería el apoyo difuso que la democracia precisa para su supervivencia.

La visión de Deschouwer es la más maximalista en cuanto que liga estrechamente régimen y partidos. Debido a esta proximidad, la proliferación de sentimientos anti-

partidistas bien podría conducir a un “asesinato” del régimen<sup>2</sup>. Sin embargo, la equiparación de antipartidismo con “antisistemismo” es sólo una versión del concepto. Éste también se emplea en referencia al rechazo hacia un sistema concreto de partidos (sin que ello conlleve rechazo del sistema político). El concepto se estrecha aún más y pasa a aludir exclusivamente al rechazo hacia algún partido en particular. Por tanto, la conceptualización se complica por la existencia de *niveles*. Y todavía se complica más por la existencia de *intensidades*. Ciertamente, escepticismo y hostilidad son categorías a mi entender demasiado diferentes como para incluirlas conjuntamente en la definición de antipartidismo. Como bien señala Webb (1996), a-partidismo y antipartidismo o sus correspondientes indiferencia y antipatía hacen referencia a fenómenos que difícilmente pueden convivir en un mismo concepto. La impresión que se extrae sobre la diversidad de niveles e intensidades con que se trata la caracterización de antipartidismo es la de una confusión notable acerca de si los sentimientos antipartidistas constituyen un fenómeno en sí mismo o son, por el contrario, una categoría “de grado” dentro del debate más general de la crisis de los partidos.

Además de la poco clara conceptualización del problema, los indicadores actitudinales que pretenden dar cuenta de él son igualmente “burdos”. Los mismos Poguntke y Scarrow (p. 277, mi traducción) reconocen que “es difícil establecer una relación empírica entre comportamiento político y sentimientos antipartidistas”. No obstante, se han propuesto los niveles de identificación partidista, la participación e indecisión electoral, el voto por partidos “anti-antipartidos” y los niveles de vinculación con partidos políticos como fórmulas para detectar la existencia y tendencia de estos sentimientos (Poguntke, op. cit.). Utilizando tales indicadores, Poguntke (p. 338) concluye que, entre los años sesenta y primeros noventa, la estampa es de estabilidad más que de cambio. En cualquier caso, es evidente que atribuir variaciones en esos indicadores a sentimientos antipartidistas es “precipitado” desde un punto de vista causal. Otras razones se pueden encontrar detrás de esas variaciones, quizás el proceso de convergencia ideológica entre partidos, como sugiere Webb (p. 367). El problema con los indicadores propuestos y sus cambios no es tanto si dichos cambios son causados o no por sentimientos antipartidistas como la “proporción” en que los sentimientos antipartidistas contribuyen a los mismos.

En resumen, la teorización sobre antipartidismo presenta varios frentes abiertos en los conceptos y en los indicadores. En relación al concepto, el problema estriba en llegar a un consenso respecto a niveles e intensidades. Tal y como se plantea en la literatura al uso, el concepto es demasiado polivalente de forma que se plantean dudas sobre la relevancia conceptual de la distinción entre los fenómenos “crisis de los partidos” y “sentimientos antipartidistas”. Los indicadores que se han propuesto, aunque sensatos, presentan problemas de atribución de causalidad: es precipitado interpretar las variaciones en ellos como una consecuencia inequívoca y exclusiva de la proliferación de

2. Así se refleja en el título de su artículo “Political Parties and Democracy: a Mutual Murder?”

sentimientos contrarios a los partidos. No obstante estos problemas, la discusión es lo bastante interesante como para indagar en la información que es capaz de desvelar fuera del marco europeo.

### 3. EL CONTEXTO LATINOAMERICANO. EL CONO SUR

Aunque el trabajo empírico que se presenta en el siguiente apartado se centra en sentimientos antipartidistas localizados en el público, es inevitable hacer referencia a los comportamientos antipartidistas de las élites políticas latinoamericanas (Kenney, 1998). El fenómeno es tan extendido y notorio que hace parecer anecdóticos a sus parangones europeos y norteamericanos. Así, los analistas latinoamericanos vienen denunciando recurrentemente la “fujirización” y “farandulización” (Rial, 1995: 47) de la política y las tendencias bonapartistas que impregnan el quehacer político en el área. ...ste se ha visto progresivamente en manos de individuos sin antecedentes previos de una carrera política profesional (*outsiders*) que “apelan a la antipolítica o al antipartidismo como posición de fuerza para afianzar su acción” (Perelli y Zovatto, 1995:18). Se trata del surgimiento de la figura del “nuevo caudillo” (Rial, op. cit.: 99) combinación de fuerza y providencia que ha venido a sustituir expresiones intermediarias actuando en muchos casos “sin partido o movimiento político fuerte, o a lo sumo, [poniendo] una maquinaria partidaria a su servicio” (Perelli, 1995: 185).

Sería difícil entender el éxito de esta nueva forma de hacer política sin constatar la existencia de un terreno abonado para que tales apelaciones antipartidistas tengan calado popular. Así, Espinal (1995: 276) sostiene que “en vez de afianzarla, los partidos políticos han contribuido en algunos países de América Latina al debilitamiento de la democracia. La debilidad organizativa, la tendencia al fraccionamiento y al faccionalismo, la crisis de referentes ideológicos que permitan la cohesión partidaria y la postura instrumental hacia la política son todos factores que dan cuenta de este fenómeno”. Ello ha fomentado la proliferación de un discurso en el que los partidos políticos “son señalados en forma reiterada como órganos desprestigiados que responden a prácticas patrimonialistas y clientelistas para hacerse con el poder y el botín burocrático. En buena parte, la sociedad latinoamericana observa con desconfianza las elecciones y los partidos políticos porque ambos representan a los ojos de la opinión pública el interés de unos pocos por encima de la mayoría” (Murillo y Ruiz, 1995: 284). Es en este contexto de debilidad de los partidos y profundas crisis económicas donde se sostienen los liderazgos neopopulistas y parapartidarios. Los problemas que para la gobernabilidad y la calidad de la democracia está suponiendo esta perversa combinación de partidos débiles y autoritarismo civil han sido sobradamente denunciados (O’ Donnell, 1994).

No obstante esta indiscutible tendencia, merece la pena indagar con algo más de detalle en los matices del antipartidismo en Latinoamérica. Para ello, he decidido centrarme en Uruguay, Chile y Argentina. Estos tres países

vivieron experiencias burocrático-autoritarias durante los años setenta, transitando a la democracia durante los ochenta. Existen, sin embargo, diferencias notables tanto en sus experiencias democráticas previas, el cariz del régimen autoritario y el rol de los partidos políticos en ambos momentos históricos. Además, las especificidades de las culturas políticas deben quedar reflejadas, y así lo argumento, en las disposiciones hacia los partidos<sup>3</sup>.

Uruguay es el país latinoamericano con la más larga tradición democrática. La vida política de la pequeña “Suiza latinoamericana” giró desde bien temprano en torno a los partidos Blanco (Nacional) y Colorado a los que se unió a partir de 1971 la coalición Frenteamplista. Un sistema electoral que combinaba la proporcionalidad con las listas cerradas y el denominado “doble voto simultáneo” eran los causantes del elevado grado de fraccionalización del sistema de partidos. Al permitirse la acumulación de los votos dentro de los lemas (partidos), el candidato ganador no era el más votado, sino “el más votado dentro del partido más votado” (González, 1985: 72)<sup>4</sup>. Independientemente de las graves contradicciones que tales mecanismos provocaron y la polarización experimentada en medio de una crisis de carácter general<sup>5</sup> que culminó con la instauración de un régimen cívico-militar (1973), lo cierto es que “los votantes uruguayos, incluso en estándares europeos, tenían tradición de una alta identificación partidista y un claro sentido del índice izquierda-derecha” (Linz y Stepan, 1996: 152). Incluso la mayoría de los militares, señalan estos autores, se identificaba con una de las familias partidistas tradicionales. Ello explicaría que los partidos fueran reprimidos, pero nunca desplazados durante el régimen militar, permaneciendo en una situación de “animación suspendida” (Gillespie, 1991: 72)<sup>6</sup>. En 1980, fue rechazada en plebiscito la Constitución que perseguía la institucionalización del régimen militar quedando así alterado el *cronograma* inicial diseñado por los militares. En 1982, se celebraron elecciones internas y tras la firma del Acuerdo del Club Naval (1984), tuvieron lugar elecciones presidenciales en las que sin embargo permaneció proscrito el candidato Nacional, Wilson Ferreira. Con la victoria de Julio María Sanguinetti se ponía fin a una transición pactada en la que los partidos políticos jugaron un papel fundamental y en la que el consenso fue posible gracias a que “los valores y las prácticas de la democracia competitiva [estaban] profundamente asentadas en la sociedad” uruguaya (Gillespie, 1991: 179).

Aunque Uruguay y Chile suelen presentarse bajo la misma categoría de “redemocratización”, desde mi punto

3. En este trabajo se realiza una revisión muy somera de la historia partidaria de estos países. Remito al lector/a a los detallados trabajos de Scully (1995), González (1995) y McGuire (1995).

4. Lo que causó que en 1971 se alzara con la Presidencia el candidato Colorado, Bordaberry, a pesar de que el líder blanco, Wilson Ferreira, hubiera recibido más votos.

5. Gillespie atribuye la quiebra democrática a la inestabilidad económica, las luchas entre el trabajo y la industria, el aumento de la violencia y la expansión de las funciones militares además del extremismo ideológico (Gillespie, 1991: 34).

6. Como relata Gillespie (p. 54; mi traducción) “los militares permanecieron leales a los partidos tradicionales como parte de su orientación (...) insistiendo que los militares no querían compartir la responsabilidad histórica de abolir a los partidos”.

de vista existen notables diferencias entre una y otra experiencia. Para empezar, encontramos en Chile el régimen militar más prolongado y con el proyecto de institucionalización del régimen más ambicioso y reaccionario de la zona. En relación al sistema de partidos, existía un sistema multipartidista fuertemente asentado con carácter previo al golpe militar. La identificación con los principales partidos de la derecha (Partido Nacional), del centro (Partido Radical luego desplazado por los Cristianodemócratas) y de izquierda (Socialistas y Comunistas) tenía sólidas raíces en la sociedad chilena (Valenzuela, 1989); pero las élites partidistas distaban de la moderación en objetivos y de la capacidad de consenso de las élites uruguayas. “La transformación del sistema político chileno en un ‘triángulo sin lados’ y los objetivos irreconciliables de sus tres campos condujo –sostiene Cavarozzi (1992: 225)– a la destrucción de la democracia constitucional” en 1973 (también Scully, 1995: 121). Gillespie atribuye el fracaso de la oposición chilena para asegurar la transición a la democracia en 1984 precisamente a esa polarización del sistema de partidos chileno (p. 243). Sólo en 1988, un “Comando del No” integrado por 16 fuerzas políticas consiguió movilizar a la población en contra del proyecto de perpetuación de Pinochet durante ocho años más (Alcántara, 1989)<sup>7</sup>. En marzo de 1990, Patricio Aylwin, de afiliación demócrata-cristiana, alcanzaba la Presidencia encabezando una coalición de centro-izquierda, tras la transferencia de poder más ilegítima de entre los casos que nos ocupan. Linz y Stepan (op. cit.) van incluso más allá al considerar que las enormes prerrogativas extraídas por los militares en el proceso negociador no permiten ni siquiera hablar de una transición completa en este país.

Scully y Valenzuela (1993: 1) evalúan la evolución del sistema de partidos chileno de forma mixta. A favor aparece el hecho de que el sistema es en la actualidad “mucho más centrípeto de lo que lo era en el pasado, dado el grado de consenso existente entre las fuerzas políticas en torno al valor de la democracia y las políticas socioeconómicas fundamentales”. La sombra que se cierne sobre este cambio es que la duración de tal consenso no se prolongue más allá del momento fundacional. Desde el punto de vista del público y los partidos, un trabajo muy tentativo<sup>8</sup> realizado en 1991 mostraba que “hay una generalizada aceptación de los partidos, casi como un hecho natural del funcionamiento político, pero no existe una imagen clara respecto de para qué sirven y parece que la gente no considera que los partidos le sirven, sino que más bien piensa que le sirven a otros” (Baño, 1991: 22-23).

El último caso, Argentina, tiene una historia partidaria pre-autoritaria de mucha menor estabilidad que la de sus vecinos uruguayos y chilenos. De hecho, la democracia parecía un juego imposible en un país donde los Peronistas permanecían en el poder con un discurso cuando menos ambivalente con respecto a la democracia (O'Donnell, 1979; Cavarozzi, op. cit.; Linz and Stepan, op. cit.: 196). En 1976, los militares inauguraron el denominado “Proceso de Restauración Nacional” que fue tremendamente represivo. El régimen colapsaría en 1982 tras el fiasco de la Guerra de las Malvinas que dejó desarticulada a la cúpula militar. A diferencia de los otros dos casos, la transición no fue pac-

tada ni se sostuvo en frentes multipartidarios. Al contrario, “el tono de la transición fue uno de confrontación más que de compromiso entre las dos principales fuerzas opositoras al régimen militar” (Cavarozzi, op. cit.: 208-209). El dato optimista para la superación de la imposibilidad del juego democrático en Argentina se produjo con la victoria de los Radicales y la llegada de Alfonsín a la Presidencia “cambiando por primera vez desde 1946 la desventajosa relación de fuerzas electorales de su partido respecto del peronismo” (Landi, 1991:6). Además, el periodo de transición privilegió el papel de los partidos como mediadores entre estado y sociedad. Sin embargo, este sistema bipartidista es débil en institucionalización como ha quedado en evidencia tras la recuperación del poder por parte de los Peronistas. Estos, con Carlos Menem al frente, han hecho de la democracia argentina una ilustración perfecta de la nueva forma displicente de hacer política a la que me referiré al comienzo de esta sección. “La representación partidaria –señala Landi (op. cit.: 36)– está en cuestión y los dos grandes partidos están procesando un largo y confuso cambio de identidad. Gran parte de la población se mueve con autonomía del sistema de partidos y ejerce el voto de castigo sin sentirse obligada por lealtades partidarias o mandatos ideológicos”.

Parece sensato hipotetizar que las actitudes del público hacia los partidos en estos tres países deben reflejar las diversas experiencias respecto a la vida partidaria en cada uno de ellos. Mientras que en Uruguay el sistema bipartidista (hasta 1971) estuvo en la base de la experiencia democrática más prolongada de América Latina, la enorme polarización ideológica en Chile fue en gran medida responsable del colapso de la democracia en 1973 y de la prolongación del régimen autoritario hasta fechas relativamente próximas. En Argentina, el juego democrático pareció posible cuando los Radicales vencieron a los Peronistas recién inaugurada la etapa democrática; pero con el retorno de los Justicialistas, Argentina es el ejemplo más evidente de democracia delegada de entre nuestros casos. Además existen considerables diferencias en las culturas políticas de estos países donde contrastan, según Gillespie (op. cit.:18; mi traducción), las estructuras y valores profundamente democráticos de la sociedad y cultura uruguayas con las tradiciones “militaristas, elitistas, antidemocráticas y clericales” de la vecina Argentina y los indicios en Chile de una suerte de bonapartismo civil instalado entre la población que respalda la autonomía de líderes fuertes respecto a las estructuras de representación (Baños, op. cit.: 27).

7. Existe un elevado acuerdo entre los autores en atribuir la consecución de ese consenso a un proceso de aprendizaje político entre las élites partidistas (Garretón, 1991; Cavarozzi, op. cit.).

8. En el que tan sólo se lleva a cabo un análisis de frecuencias del que sin embargo se extraen conclusiones concernientes a toda la población.

Tabla 1. Valoración Comparada de algunas Instituciones (%)

PAIS	ADM	CON	FFAA	GOB	IGLE	JUEC	PART	POLC	PREN	SIND	TV
ARG	28	38	39	39	65	35	27	37	53	19	48
CH	44	49	56	60	81	41	33	64	49	47	61
UR	43	50	43	47	56	58	41	49	53	42	51

(%) válidos de quienes tienen una valoración buena o muy buena de esas instituciones

ADM: Administración pública; CON: Congreso; FFAA: Fuerzas Armadas; GOB: Gobierno; IGLE: Iglesia; JUEC: Jueces; PART: Partidos Políticos; POLC: Policía; PREN: Prensa; SIND: Sindicatos; TV: Televisión.

Tabla 2. Relación entre partidos y democracia (%)

	Uruguay	Chile	Argentina
Sin partidos imposible democracia	85	63	80
Democracia posible SIN partidos	15	37	20

(%) válidos

Tabla 3. Opiniones sobre Partidos Extremistas (%)

	Uruguay	Chile	Argentina
Deben prohibirse	24	58	33
Deben permitirse	76	42	67

(%) válidos

## 4. RESULTADOS

### 4.1. Análisis Exploratorio y Escala de Sentimientos hacia los Partidos

El tratamiento estadístico que a continuación se presenta se ha basado en el Latinobarómetro de 1995<sup>9</sup>, primer proyecto comparado de opinión pública llevado a cabo en ocho países latinoamericanos. La encuesta ofrece la enorme ventaja de uniformidad en los cuestionarios, si bien el hecho de que sólo podamos ceñirnos a un momento del tiempo elimina la posibilidad de hacer consideraciones dinámicas, como por ejemplo, indagar en la evolución de la vinculación a los partidos políticos.

La estrategia que he seguido en el análisis es similar a la aportada por Gunther et. al. (op. cit.) para el Sur de Europa, intentando en un primer momento la construcción de una escala de sentimientos hacia los partidos que he puesto posteriormente en relación con determinados aspectos actitudinales, opiniones acerca del régimen, y rasgos sociodemográficos.

Comenzando con el análisis exploratorio, se muestran a continuación las frecuencias de algunas variables relacionadas con evaluaciones tanto afectivas como cognitivas de los partidos políticos. Las valoraciones afectivas se refieren

a a sentimientos respecto a los partidos mientras que las evaluaciones cognitivas aluden a los conocimientos y creencias respecto a los mismos.

La siguiente tabla muestra información acerca de la valoración de los partidos políticos en cada uno de los tres países y en comparación con otras instituciones. Como se aprecia, Uruguay es el país en el que el porcentaje de personas en la muestra con una valoración buena o muy buena de los partidos es más alto, si bien hay que enfatizar que en comparación con otras instituciones, los partidos reciben los apoyos más escasos en estos países. La excepción es Argentina, donde los sindicatos parecen despertar incluso menos simpatía que los partidos.

En la tabla 2, aparecen las frecuencias de las respuestas a la pregunta sobre el carácter imprescindible o no de los partidos políticos para el régimen democrático. Como se puede observar, son los uruguayos los que en una proporción más elevada consideran que sin partidos no puede haber democracia mientras que tan sólo un 63 % de chilenos en la muestra comparte esa opinión.

9. Los tamaños muestrales son de 1200, 1240 y 1212 casos para Argentina, Chile y Uruguay respectivamente. El error probabilístico es del 2.8% con un nivel de confianza del 95%.

Tabla 4. Escala de Sentimientos hacia los Partidos (Chile, Argentina y Uruguay, 1995; España, 1991)

Valor	Uruguay	Chile	Argentina	España (91)
+1	33	22	21	26
0	58	53	65	58
-1	9	25	14	16

Porcentajes excluyendo la no respuesta.

Los datos sobre España en Gunther, et. al. (1994)

Otra de las preguntas del cuestionario hacía referencia a la conveniencia o no de permitir la existencia de todos los partidos frente a la opción de prohibir a los partidos extremistas. Esta pregunta es interesante ya no sólo por aludir a un aspecto concreto del sistema de partidos sino por lo que puede reflejar de un síndrome más general que Inkeles (citado en Diamond, 1994: 12) denomina “extremismo político” o combinación de un marcado cinismo, fe en líderes poderosos y odio hacia las desviaciones y *outsiders*. En este sentido, el análisis de frecuencias muestra también que son los chilenos los más partidarios de prohibir los partidos extremistas mientras que los uruguayos aparecen como los más “inclusivos”. Los argentinos aparecen a caballo entre ambos.

Desafortunadamente, la encuesta no cuenta con el suficiente número de ítems en torno al papel de los partidos para llevar a cabo un análisis factorial como el que Gunther et. al. ejecutan en su trabajo. Ese análisis les lleva a distinguir entre dos dimensiones: la afectiva y la cognitiva en relación al papel de los partidos. Para superar esta carencia, lo que decidí fue crear una escala con las preguntas sobre la valoración de los partidos políticos y la relación de éstos con la democracia, lo que en realidad supone fusionar ambas dimensiones. Así, creé una escala que toma valores -1, 0 y +1 donde -1 implica sentimientos negativos hacia los partidos, el valor 0 hace referencia a sentimientos de ambivalencia y +1, se refiere a sentimientos positivos hacia aquéllos<sup>10</sup>. A continuación se muestra el resultado de la escala en cada país incluyendo información sobre la misma en España en 1991<sup>11</sup>. No debe olvidarse, no obstante, que la escala española se refiere sólo a sentimientos afectivos y que está construida sobre ítems diferentes. En cualquier caso, la referencia resulta de interés.

La escala aporta información en consonancia con los resultados ya arrojados por el sencillo análisis de frecuencias con que se abría esta sección. Efectivamente, Uruguay es el país en que mayor número de individuos se ubica en el valor +1, incluso por delante de España (con todas las advertencias antes planteadas). Aunque Chile supera ligeramente a Argentina en ese valor, cuando se observan los porcentajes de sentimientos negativos hacia los partidos, no caben dudas de que Chile es el país en que más predominan los sentimientos adversos hacia los partidos, ya que el porcentaje de los que se posicionan en esa categoría incluso supera a los que tienen sentimientos positivos hacia los partidos (25% frente al 22%). En Argentina, a pesar de tener el porcentaje más bajo de individuos en el valor +1,

lejos de predominar los posicionamientos negativos, impera la posición de ambivalencia o sentimientos mixtos, con el porcentaje más elevado en esa categoría.

#### 4.2. Sentimientos hacia los partidos y algunas actitudes y comportamientos

En este apartado se pone en relación la escala de sentimientos hacia los partidos con ciertos comportamientos e indicadores actitudinales respecto del régimen democrático. Se trata de indagar en qué medida la existencia de sentimientos de descontento hacia los partidos se traduce en actitudes que pueden suponer un peligro potencial para la supervivencia de la democracia. Existe un notable acuerdo en que los partidos políticos son esenciales para poder disponer de una democracia sólida. Pasquino (en Pridham y Lewis, 1995: 7; mi traducción) resume esta visión cuando afirma que “no todos los procesos de transición han estado dominados por los partidos; pero todos los procesos de consolidación democrática han sido, sin duda, liderados por los partidos” (también Mainwaring y Scully, 1995). Es obvio que la fortaleza de los mismos está íntimamente ligada a la apreciación que el público tenga de ellos. Por ello, resulta trascendente conocer cómo los individuos relacionan valoraciones de los partidos con valoraciones del régimen político.

Enfrentamos esta tarea con algunas limitaciones ya que no podemos descansar en todos los indicadores propuestos por Poguntke. En algunos casos, los mismos son de relativa relevancia para los casos latinoamericanos<sup>12</sup>; en otros la encuesta no proporciona la información respecto al indicador en cuestión. Finalmente, el número de casos existente en la muestra para testar ciertas hipótesis es insuficiente, no quedando garantizada la validez de los tests estadísticos.

10. Previamente, se comprobó la existencia de una relación significativa entre las variables con las que construí la escala. Lo que hice posteriormente fue dar valor 1 a quienes dieron una valoración alta a los partidos y los consideraban imprescindibles para la democracia y un valor -1 a quienes respondían lo contrario a estas dos preguntas. A quienes dieron una respuesta afirmativa a una de las preguntas y negativa a otra se les incluyó en la categoría mixta junto a quienes respondieron a una de las preguntas pero no a la otra. Los que no respondieron a ninguna de ellas son casos perdidos.

11. Todos los datos para España de Gunther et. al.

12. Esto es lo que sucede por ejemplo con la participación electoral ya que en algunos de estos países, como Uruguay, la participación es obligatoria.

Tabla 5. Proximidad y Sentimientos hacia los partidos

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
<b>M, B</b>	20	20	31	3	6	20	5	7	17	24	9	9
<b>P, N</b>	80	80	69	97	94	80	95	93	83	76	91	91
<b>N</b>	(106)	(673)	(381)	(385)	(618)	(242)	(165)	(736)	(243)	1160	1145	1144

(%) Relación significativa en todos los países al 5%.

M, B: Bastante o muy próximo; P, N: Poco o Nada Próximo.

Tabla 6. Participación no convencional y sentimientos hacia los partidos (%)

	Uruguay			Chile			Total	
	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH
Manifestación	37	34	43	20	25	32	37	25
(N)	(39)	(230)	(166)	(60)	(158)	(82)	(435)	(300)

(%) De quienes afirmaron haber participado en manifestaciones.

Relación significativa al 5%. La relación no resultó ser significativa en Argentina.

Hay que recordar además que el hecho de estar trabajando con datos cross-section impide análisis dinámicos de los indicadores.

En la tabla 5 se muestran los resultados de poner en relación la escala con la variable de proximidad a los partidos políticos.

Lo primero que sorprende son los bajísimos niveles de quienes se sienten muy o bastante próximos a los partidos en los tres países (columna de totales en la muestra)<sup>13</sup>. Como ilustración, basta decir que el porcentaje de la muestra española de quienes se sitúan en esa categoría es de un 53%. No obstante este dato, existen diferencias entre los tres países, de nuevo presentado Uruguay el porcentaje más alto de individuos que se sienten muy o bastante próximos a algún partido. A su vez, se percibe la relación entre sentimientos hacia los partidos y proximidad ya que ésta es significativamente menor entre aquellos con sentimientos negativos hacia los partidos. En cualquier caso y para todas las categorías de la escala de sentimientos, los que se sienten poco o nada cercanos a los mismos superan de forma notable a quienes dicen sentirse bastante o muy cercanos.

El rechazo hacia los partidos como forma de canalización de demandas sociales y el cuestionamiento de su labor como interlocutores válidos entre sociedad y Estado ha debido inducir a los ciudadanos a buscar formas de expresión alternativas, tal vez al margen del juego democrático. Para testar esta hipótesis, he puesto en relación la escala de sentimientos hacia los partidos con algunas formas de participación no convencional. Este ejercicio se encuentra limitado por los reducidos tamaños muestrales y por tanto,

por la imposibilidad de llevar a cabo tests estadísticos válidos. La tabla 6 muestra la relación entre la participación en manifestaciones y los sentimientos hacia los partidos.

Un dato interesante que arroja esta tabla es que los niveles de participación en manifestaciones de protesta en ambos países es superior a esa misma participación en España (29%) lo que por otro lado parece una consecuencia bastante lógica de los datos aportados anteriormente. En países donde es reducida la cifra de quienes valoran altamente a los partidos y todavía lo es más la de quienes se sienten próximos a ellos es predecible que se opte por formas alternativas de expresión de demandas. Curiosamente, en los casos latinoamericanos parece invertirse la tendencia de participación en estos actos respecto a la pauta española, al estar esa participación directamente relacionada con la adscripción a sentimientos pro-partidistas. En la medida en que la participación en manifestaciones constituye un derecho reconocido en ámbitos democráticos, no supone una violación de las reglas del juego sino la alternativa esperable en sociedades con las características presentadas<sup>14</sup>.

Parece necesario cuestionarse en qué medida la existencia de sentimientos negativos y ambivalentes hacia los

13. Esto es comprensible en democracias recientes en que el electorado es básicamente inestable y carece de los hábitos de apoyo e identificación extraídos de experiencias previas (Pridham & Lewis, op. cit.: 6).

14. Llevé a cabo tablas de contingencia entre la escala y la participación en cortes de tráfico, resultando sólo significativa en Argentina y observándose la misma pauta de mayor participación precisamente entre quienes mostraban actitudes pro-partidistas.

**Tabla 7. Satisfacción con la democracia y Sentimientos hacia los partidos (%)**

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
M, B	40	56	69	23	31	54	38	52	66	59	34	53
P, N	60	44	31	77	69	46	62	48	34	41	66	47
N	(106)	(666)	(384)	(291)	(624)	(269)	(156)	(733)	(244)	1156	1184	1133

*Relación significativa al 5%*

*M, B: Muy o bastante satisfecho con la democracia; P, N: Poco o nada satisfecho.*

**Tabla 8. Eficacia atribuida a la democracia y Sentimientos hacia los partidos (%)**

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
SI	41	59	76	33	52	68	38	58	74	63	51	59
NO	59	41	24	67	48	32	62	42	26	37	49	41
N	(97)	(603)	(366)	(282)	(610)	(267)	(139)	(665)	(237)	1066	1159	1041

*Relación significativa al 5%*

*La pregunta es la siguiente: Algunas personas dicen que la democracia permite que se solucionen los problemas que tenemos en (). Otras personas dicen que la democracia no soluciona los problemas. ¿Qué frase está más cerca de su manera de pensar?*

partidos afecta negativamente a las perspectivas de la democracia. El descontento con el funcionamiento de los partidos puede afectar a la legitimidad del sistema político especialmente en la medida en que se considere que el buen funcionamiento de los primeros es imprescindible para el correcto funcionamiento del segundo. Cabe, a su vez, la posibilidad, de que esa proximidad entre régimen democrático y sistema de partidos sea más laxa. En este caso, lo esperable es que el descontento con el funcionamiento de los partidos se traduzca en un problema de insatisfacción o de calidad de la democracia, sin que lo anterior suponga un grave riesgo para la perdurabilidad o consolidación del sistema político.

Las tablas 7 y 8 presentan la relación entre sentimientos hacia los partidos y la satisfacción y eficacia atribuida al régimen, mientras que la tabla 9 ofrece esa misma relación con la legitimidad de la democracia.

Las tablas anteriores arrojan información sobre dos aspectos del régimen democrático: uno, el grado de satisfacción que su funcionamiento es capaz de generar en el público y dos, su capacidad para resolver problemas prácticos. En general, tanto el grado de satisfacción como de eficacia atribuido al régimen es reducido en el Cono Sur, sobre todo en lo que se refiere al primero. Pero permanece la pauta que apunta a Chile como un caso francamente problemático, ya que es el único país en que los que están poco o nada satisfechos con la democracia supera a los que

dicen sentirse muy o bastante satisfechos con el régimen (columna de totales). Se percibe en todos los países como era de esperar, que aquellos que poseen sentimientos antipartidistas tienden a sentirse poco o nada satisfechos con el funcionamiento de la democracia; pero nótese que entre aquellos con sentimientos que hemos descrito como mixtos son más quienes se sienten muy o bastante satisfechos con la democracia en todos los países excepto de nuevo en Chile donde los poco o nada satisfechos más que doblan a los satisfechos (69% frente a 31%). Las cifras respecto a la eficacia del régimen se recuperan ligeramente en todos los países, si bien es de nuevo Chile el que arroja la cifra más baja. En los tres casos, antipartidismo va unido a cifras significativamente menores de eficacia atribuida al régimen. La pregunta subsiguiente es ¿en qué medida estos niveles relativamente bajos de satisfacción y eficacia suponen una amenaza real de “deconsolidación”?

Esta tabla arroja una información sorprendente. Para empezar, la columna de totales refleja que el apoyo incondicional a la democracia es indiscutible en Uruguay y Argentina donde el régimen recibe apoyos superiores a los que incluso posee en España (81%). Sin embargo, tan sólo un 55% de chilenos en la muestra apoya plenamente al régimen, resultando especialmente llamativo el 27% que suscribe que “a la gente como yo, nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático”. El análisis por países ofrece información igualmente llamativa. Para



Tabla 9. Sentimientos hacia los Partidos y Legitimidad de la Democracia (%)

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
<b>DP</b>	72	86	89	41	56	66	71	81	91	86	55	82
<b>AP</b>	19	7	7	25	16	17	14	13	6	8	18	12
<b>DI</b>	9	7	4	34	28	17	15	6	3	6	27	6
N	(101)	(651)	(386)	(291)	(622)	(270)	(151)	(710)	(236)	1138	1183	1097

Relación significativa al 5%

DP: Democracia Preferida; AP: Autoritarismo Preferido en algunas circunstancias; DI: Da igual

Tabla 10. Voto y Sentimientos hacia los Partidos (%)

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
<b>SI</b>	54	74	88	40	57	70	60	74	89	77	54	75
<b>NO</b>	46	26	12	60	43	30	40	26	11	23	46	25
N	(103)	(673)	(376)	(289)	(618)	(269)	(153)	(692)	(242)	1152	1176	1087

Relación significativa al 5%

Pregunta: Algunas personas dicen que la manera como uno vota puede hacer que las cosas sean diferentes en el futuro. Otros dicen que independientemente de cómo voten, no harán que las cosas sean mejor en el futuro. ¿Qué frase está más cerca de su manera de pensar?

empezar, merece enfatizarse el hecho de que tanto en Uruguay como en Argentina el apoyo incondicional a la democracia es elevadísimo incluso entre quienes muestran sentimientos antipartidistas. Un 72% y un 71% de individuos descontentos con los partidos dan su apoyo al régimen democrático siendo en España esa cifra del 60%. Más aún, en la categoría de quienes presentan sentimientos ambivalentes hacia los partidos, un 86% de uruguayos y un 81% de argentinos (un 80% en España) dan su apoyo incondicional al régimen. De nuevo Chile suscita todo tipo de dudas, ya que solamente un 41% de aquellos con sentimientos antipartidistas legitima a la democracia mientras que un 34% afirma ser indiferente al tipo de régimen y un 25% justifica al autoritarismo en algunas circunstancias.

El "gap" existente entre legitimidad y satisfacción con la democracia despierta todo tipo de cautelas entre los analistas preocupados por la suerte del proceso de consolidación democrática en América Latina. Linz y Stepan (op. cit.), por ejemplo, consideran que Uruguay es una democracia consolidada, pero con riesgos en parte derivados de la profundización de ese gap del que cada vez más las instituciones del régimen son vistas como responsables. Sin embargo, otros autores sostienen que el apoyo difuso a la democracia es sólido en un país donde una abrumadora

mayoría de ciudadanos relaciona democracia con los valores de libertad y participación frente a resultados específicos (Gillespie, 1991: 238). Los datos referentes a Argentina invitan a pensar que tal apoyo difuso o reserva de buena voluntad respecto a las deficiencias del régimen también existe en ese país. Sin embargo, las reducidas cifras de legitimidad de la democracia en Chile y la proximidad entre éstas y las cifras de eficacia y satisfacción sugieren un apoyo a la democracia que es más concreto que difuso, esto es, predominantemente basado en la evaluación de resultados de ésta<sup>15</sup>. Es más, en la sociedad chilena parece existir una suerte de apatía e indiferencia y un sentimiento de impotencia e ineficacia personal sin parangón entre sus vecinos del Cono Sur. Inkeles incluye los rasgos anteriores en su caracterización del síndrome de extremismo político.

15. Estos resultados pueden entenderse a la luz de la denominada economía política de la consolidación democrática. El régimen autoritario chileno puso en práctica una política económica que lo ha situado entre las economías más dinámicas de la región, eso sí, a costa de provocar niveles muy elevados de desempleo y desigualdad social. Es posible hipotetizar que ese dinamismo económico conseguido a base de profundizar en las desigualdades sea el causante del las pobres valoraciones del régimen en este país.

**Tabla 11. Educación y Sentimientos hacia los Partidos (%)**

		Uruguay			Total
	-1	0	+1		
<b>Básica</b>	37	39	33	37	
<b>Media</b>	47	49	47	48	
<b>Superior</b>	16	12	20	15	
<b>N</b>	(103)	(658)	(365)	1126	

La tabla 10 presenta la relación entre la escala de sentimientos hacia los partidos y la eficacia concedida al hecho de votar.

Estos datos ilustran ese síndrome de apatía al que antes me refería. De nuevo, Chile es el único país en que aquellos con sentimientos antipartidistas y desconfianza en la capacidad transformadora del voto (60%) superan a los que creen que éste puede hacer que las cosas sean diferentes (40%). Además, mientras que en Uruguay y en Argentina los sentimientos ambivalentes respecto a los partidos no impiden a un elevado porcentaje (74%) pensar que el hecho de votar puede cambiar las cosas, sólo un 57% de chilenos en la misma categoría ambivalente comparte esa opinión.

En suma, las conclusiones que podemos extraer de este análisis preliminar es que los sentimientos pro-partidistas más claros se dan en Uruguay, predominando la ambivalencia en Argentina. En Chile, sin embargo, encontramos los indicios más claros de un antipartidismo considerablemente extendido. Estas divergencias pueden ser parcialmente explicadas por el distinto papel jugado por los partidos políticos en las etapas históricas, como se ha descrito a grandes rasgos en el apartado 3. Los niveles de proximidad a los partidos son extraordinariamente bajos en todos los países incluso entre quienes expresan actitudes favorables hacia los partidos. Curiosamente, esta falta de ligaduras a los partidos es notoria incluso en países con largas tradiciones democráticas. En estas circunstancias, no resulta extraño que prácticas no convencionales de participación gocen de una alta popularidad en estos países, incluso entre quienes manifiestan los sentimientos más pro-partidistas. En mi opinión, los resultados más interesantes son los que se refieren a los sentimientos hacia los partidos y ciertas actitudes respecto al régimen. La democracia parece gozar de buena salud en Uruguay donde el apoyo incondicional a la misma es aplastante incluso entre los más antipartidistas. Algo similar sucede en Argentina, lo que no deja de ser sorprendente en este caso ilustrativo de “nuevo caudillaje”. Sin embargo, en Chile ese apoyo incondicional a la democracia es mucho más ambivalente en todas las categorías de sentimientos hacia los partidos.

Ofrecer explicaciones tentativas a estas divergencias es tarea compleja. Aquí solamente me limitaré a cuestionar las conclusiones a mi entender precipitadas de quienes ubican a Chile como un país “que se mueve hacia la consolida-

ción” y que parece “bien avanzado en el camino de su consecución completa” (Puhle. et al, citado en O'Donnell, 1996: 7; mi traducción). Desde mi punto de vista, una dirección que parece prometedora para explicar las diferencias que han quedado evidenciadas en este apartado pasaría por profundizar en las culturas políticas de estos países con carácter previo a sus experiencias autoritarias y en los legados que éstas han dejado en aquéllas.

### 4.3. Los orígenes del antipartidismo: algunas sugerencias

El último apartado del trabajo empírico se dedica a indagar en las fuentes de los sentimientos adversos hacia los partidos. En Latinoamérica de forma más evidente que en Europa el discurso de las élites políticas tiene un notable grado de responsabilidad en la activación de los sentimientos antipartidistas, como expliqué en la sección 3. Indagar en esas estrategias de movilización así como en el sustrato que posibilita la activación de esos sentimientos sería objeto de un estudio diferente. Aquí, tal y como proponen Gunther et., al. podemos a lo sumo indagar en la relación que existe entre ciertas características individuales de los encuestados relativas a su educación en general y a su “educación política” en particular y el cariz de los sentimientos hacia los partidos que manifiestan.

La dicotomía inicial que plantean esos autores para el Sur de Europa es plenamente aplicable a este contexto: cabe hipotetizar que precisamente los más educados y más expuestos a la información sobre los avatares de una vida partidaria cuyas corruptelas son denunciadas, ya no sólo por los medios, sino también por los nuevos líderes deben ser quienes muestren las actitudes más hostiles hacia los partidos políticos; pero también puede suceder lo contrario, esto es, que la hostilidad hacia los partidos tenga su origen sencillamente en un síndrome general de desinterés y apatía respecto a lo político.

La relación entre la escala de sentimientos hacia los partidos y el nivel educativo sólo resultó ser significativa en Uruguay, apreciándose una débil relación directa entre educación y sentimientos pro-partidistas. Es decir, una mayor educación va ligada a una mayor probabilidad de tener sentimientos favorables hacia los partidos.

Sin embargo, la educación formal no es la única vía de formación política de los individuos. Otro tipo de hábitos y prácticas más directamente relacionados con la experien-

Tabla 12. Interés en la Política y Sentimientos hacia los Partidos (%)

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
<b>M,B</b>	31	33	55	15	22	40	31	36	51	40	24	39
<b>P</b>	33	35	30	30	31	28	36	34	33	33	30	34
<b>NA</b>	36	32	15	55	47	32	33	30	16	27	46	27
N	(107)	(684)	(384)	(298)	(652)	(272)	(163)	(746)	(249)	1175	1222	1158

M, B: Mucho, bastante; P: Poco; Na: Nada.

Tabla 13. Seguimiento de las Noticias y Sentimientos hacia los Partidos (%)

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
<b>M,B</b>	35	48	67	30	37	50	55	52	68	53	38	56
<b>P,N</b>	65	52	33	70	63	50	45	48	32	47	62	44
N	(107)	(685)	(386)	(295)	(654)	(274)	(167)	(754)	(250)	1178	1223	1171

Relación significativa al 5%

Tabla 14. Discusión sobre Política y Sentimientos hacia los Partidos (%)

	Uruguay			Chile			Argentina			Total		
	-1	0	+1	-1	0	+1	-1	0	+1	U	CH	AR
<b>M,B</b>	24	30	41	12	18	27	32	35	50	33	18	38
<b>P,N</b>	76	70	59	88	82	73	68	65	50	67	82	62
N	(107)	(683)	(385)	(296)	(654)	(272)	(167)	(758)	(250)	1175	1132	1175

Relación significativa al 5%

M, B: Mucho, Bastante; P, N: Poco, Nada

cia cotidiana y directa de la política contribuyen a implantar una cultura participativa entre la ciudadanía. “Altos niveles de interés en la política, información, conocimiento, formación de la opinión y pertenencia a organizaciones” (Almond y Verba, 1963) son aspectos de la construcción de esa cultura cívica democrática.

Al igual que sucede en el caso español, el síndrome antipartidista parece estar ligado significativamente en todos los países con un menor interés por la política. Nótese que la columna de totales nos da información sobre la muestra que de nuevo apunta a Chile como al país en que existe un menor porcentaje de individuos que se ubican en

la categoría de “muy o bastante interesados en la política”. La tabla 13 a continuación muestra que esa misma relación existe entre el seguimiento de las noticias y el cariz de los sentimientos antipartidistas: quienes hacen un seguimiento más frecuente de las noticias muestran sentimientos más pro-partidistas que quienes siguen las noticias poco o nada. Por ejemplo, en Uruguay, aquellos que siguen las noticias con mucha o bastante frecuencia y tienen sentimientos pro-partidistas casi doblan a quienes tienen sentimientos de hostilidad hacia los partidos. Argentina es el país en que la relación entre información y sentimientos hacia los partidos es más débil. La exposición a las noticias parece fomentar los

sentimientos antipartidistas sobre los ambivalentes, pero no sobre los partidistas.

La discusión sobre política es otra vía de socialización que puede estar relacionada con el tipo de sentimientos que se manifiestan hacia los partidos. La tabla 14 muestra que, efectivamente, existe una relación significativa entre la frecuencia de las discusiones y la ubicación en la escala de sentimientos hacia los partidos. Aquellos que más se implican en discusiones sobre política muestran niveles significativamente más altos de sentimientos a favor de los partidos, y ello en todos los países.

Por lo tanto, y de forma similar a como sucede en España, los sentimientos antipartidistas parecen tener origen en un síndrome general de apatía, ya que son precisamente los más desinteresados, desinformados y los que menos discuten sobre política los que muestran en un mayor porcentaje sentimientos adversos hacia los partidos<sup>16</sup>. Merece la pena insistir en que es de nuevo la muestra chilena la que arroja los porcentajes más bajos de implicación en lo político en todos los indicadores utilizados en esta sección y para todos los grupos de la escala de sentimientos hacia los partidos.

Como planteaba anteriormente, la larga represión autoritaria en Chile parece haber creado un síndrome de impotencia e ineficacia individual que se traduce en un escaso interés por la participación en la política en formas que excedan aspectos puramente procedimentales (Alaminos, 1991). Argentina y Uruguay parecen mostrar una mejor "salud cívica". Sobre todo en el caso uruguayo, como apunta Diamond (1993: 52; mi traducción) "la existencia de una densa red de asociaciones autónomas ha debido jugar un papel importante en el desarrollo de orientaciones participativas y de conciencia política, reforzando las normas y prácticas democráticas (...)".

## 5. CONCLUSIONES

El debate acerca de la proliferación de sentimientos hostiles hacia los partidos ha captado el interés de los politólogos preocupados tanto por la suerte futura de los partidos como mecanismo de representación como por la forma en que la animadversión dirigida a ellos puede hacer peligrar la legitimidad de las nuevas democracias.

Movidos por la evidencia que apunta a que algo parece estar sucediendo a ese nivel, se ha puesto en marcha un debate teórico dirigido a discutir tanto conceptos como indicadores. Como se ha argumentado en la sección 2, ni los unos ni los otros parecen estar suficientemente refinados, de tal forma que la existencia tanto de grados como de intensidades obliga a ser más concretos. En cuanto a los indicadores propuestos, el problema fundamental estriba en su capacidad para garantizar que la información que arrojan esté exclusivamente relacionada y sea efecto de la existencia de sentimientos antipartidistas.

No obstante el terreno tentativo en que parece desenvolverse la discusión, consideré que podía resultar de interés aplicarla a algunos casos latinoamericanos con democracias relativamente recientes y en pleno proceso de consolidación de sus instituciones. Dentro de éstas, los par-

tidos políticos son reiteradamente citados como canales insustituibles de agregación y transmisión de demandas y como claves para garantizar la gobernabilidad; sin embargo, resulta preocupante que "los partidos (...) en la mayoría de las nuevas democracias en América Latina no hayan mostrado señales de estar haciéndose más eficientes en los 80 (Scott & Mainwaring, 1992: 10; mi traducción).

Los tres países seleccionados presentaban variaciones muy interesantes. Para empezar, Uruguay constituyó un caso limitado de nuevo autoritarismo (Gillespie, op. cit.: 7) del que los partidos tradicionales consiguieron salir indemnes cuando no revitalizados. Una tradición de consenso bien instalada entre las élites políticas y la cultura cívica más democrática de la región, permitieron frenar el (poco convencido) intento militar de institucionalizar el régimen en 1980. En ese mismo año, en Chile se concedía a Pinochet ocho nuevos años de mandato en medio de un clima mucho más represivo y polarizado que en Uruguay. Sólo en 1988 y tras un difícil aprendizaje político, fue posible una oposición consensuada al régimen. No obstante, la transferencia de poder se ha producido en términos penosamente ilegítimos. El caso argentino resultaba igualmente interesante, en particular porque se trata de un caso ilustrativo del "bonapartismo civil" presente en otros países de América Latina. Así, Argentina representa la tradición más clara de personalización de la vida política en líderes fuertes por encima y al margen de los partidos.

¿En qué medida se reflejan estas distintas tradiciones en las actitudes del público hacia los partidos políticos? Los resultados del análisis empírico son ciertamente interesantes, aunque también algo sombríos. Para empezar, son los uruguayos quienes en mejor concepto tienen a sus partidos políticos. Los argentinos se muestran mayoritariamente ambivalentes y los chilenos considerablemente hostiles. Lo más preocupante desde mi punto de vista son los niveles extremadamente bajos de proximidad a los partidos en todos los países e incluso entre aquellos que manifiestan los sentimientos más partidistas. Al poner en relación la escala de sentimientos hacia los partidos con las actitudes respecto al régimen, nos encontramos con un gap considerable entre eficacia y satisfacción con la democracia, por un lado y legitimidad del régimen, por otro. Aunque tal hecho es preocupante desde el punto de vista de la posible duración de esa "reserva de buena voluntad" o "legitimidad difusa", es alentador que el apoyo incondicional a la democracia esté extendido incluso entre quienes muestran los sentimientos más hostiles hacia los partidos. Sin embargo en Chile, esa legitimidad resulta mucho más cuestionada en todas las categorías de sentimientos hacia los partidos, abriéndose un campo fascinante de posibles hipótesis al respecto. En particular, creo que sería muy esclarecedor investigar cómo los chilenos juzgan el proceso de transferencia de poder que tuvo lugar entre 1988 y 1990.

16. También llevé a cabo una crosstabulación entre el trabajar o haber trabajado para partidos políticos y la escala de sentimientos hacia ellos. Por descontento, los porcentajes son muy reducidos en todas las categorías de sentimientos hacia los partidos; pero quienes manifestaron haber trabajado mucho o bastante para los partidos políticos se situaron en un porcentaje significativamente mayor en el grupo de sentimientos partidistas.

Otra de las posibles hipótesis, giraría en torno a la "calidad" de la sociedad civil, es decir, al impacto que la cultura política tiene sobre la consideración de los partidos y el régimen. Cuando se pone en relación la escala de sentimientos hacia los partidos con determinados indicadores sobre el carácter participativo y democrático de la cultura política se observa que los sentimientos hostiles se encuentran mayoritariamente asentados entre los más desinteresados y desinformados, algo que también sucede en España. Ello apunta a que los sentimientos antipartidistas son parte de un síndrome más general de apatía política e ineficacia personal, que de nuevo parece estar especialmente presente en la sociedad chilena. El grado en que ello puede estar explicado por la más larga experiencia autoritaria es otro frente que queda abierto para la reflexión y el análisis.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALAMINOS, ANTONIO. 1991. *Chile: Transición, Política y Sociedad*. Madrid: CIS.
- ALCÁNTARA, MANUEL. 1989. *Sistemas Políticos de América Latina*. Vol I. Madrid: Tecnos.
- ALCÁNTARA, MANUEL. 1990. *Problems of Democracy in Argentina: Alfonsín, Crisis and Elections*. Working Paper 21. Barcelona: Instituto de Ciencias Políticas y Sociales.
- ALCÁNTARA, MANUEL E ISMAEL CRESPO. 1992. *Partidos Políticos y Procesos Electorales en Uruguay (1971-1990)*. Madrid: Cedeal.
- BAÑO, RODRIGO. 1990. *La Gente Piensa algo sobre los Partidos*. FLACSO, Documento de Trabajo, Serie Estudios Políticos, 4.
- BARDI, L. 1996. Anti-Party Sentiment and Party System Change in Italy. *European Journal of Political Research*, 29,3: 345-344.
- BIORCIO, ROBERTO AND RENATO MANNHEIMER. 1995. Relationships between Citizens and Political Parties in Klingemann, Hans and Dieter Fuchs (ed) *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- CAVAROZZI, MARCELO. 1992. Patterns of Elite Negotiation and Confrontation in Argentina and Chile en Higley, John and Richard Gunther (ed) *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DAALDER, HANS. 1992. A Crisis of Party? *Scandinavian Political Studies*, 15, 4: 269-288.
- DESCHOUWER, K. 1996. Political Parties and Democracy: a Mutual Murder? *European Journal of Political Research*, 29, 3: 263-278.
- DIAMOND, LARRY. 1993. *Democracy in Latin America: Degrees, Illusions and Directions for Consolidation*. Manuscript.
- DIAMOND, LARRY (ed). 1994. *Political Culture and Democracy in Developing Countries*. London: Lynne Rienner.
- ESPINAL, ROSARIO. 1995. Democracia, Gobernabilidad y Partidos Políticos en América Latina en Perelli et. al. (comp) *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- GARRETÓN, MANUEL ANTONIO. 1991. The Political Opposition and the Party System under the Military Regime en Drake, Paul e Ivan Jaksic (ed) *The Struggle for Democracy in Chile*. London: University of Nebraska Press.
- GILLESPIE, CHARLES. 1991. *Negotiating Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GILLESPIE, CHARLES. 1992. The Role of Civil- Military Pacts in Elites Settlement and Elite Convergence: Democratic Consolidation in Uruguay en Higley, John and Richard Gunther (de) *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ, LUIS E. 1985. El Sistema de Partidos y las Perspectivas de la Democracia Uruguaya. *Revista Mexicana de Sociología*, 47, 2: 67-83.
- GONZÁLEZ, LUIS E. 1995. Continuity and Change in the Uruguayan Party System in Mainwaring S y Scully T (ed) *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*, 138-163. Stanford: Stanford University Press.
- GUNTHER, RICHARD, JOSÉ RAMON MONTERO and MARIANO TORCAL. 1994. *Anti-Party Sentiments in Southern Europe: A Preliminary Exploration*. Manuscript.
- HAGGARD, STEPHAN and ROBERT KAUFMAN. 1995. *The Political Economy of Democratic Transitions*. Princeton: Princeton University Press.
- HIDALGO, PAULO. 1991. *La Transición a la Democracia: Aspectos Teóricos y Análisis de la Situación Chilena*. Manuscrito.
- KENNEY, CHARLES D. 1998. Outsider and Antiparty Politicians in Power. New Conceptual Strategies and Empirical Evidence from Peru. *Party Politics*, 4, 1: 57-75.
- LANDI, OSCAR. 1991. *La Cultura Política de la Posttransición*. FLACSO, Contribuciones, 71.
- LANDI, OSCAR. 1995. Outsiders, Nuevos Caudillos y Media Políticos en Perelli et. al. (comp) *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- LINZ, JUAN J. and ALFRED STEPAN. 1996. *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America and Post Communist Europe*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- MAINWARING, SCOTTY TIMOTHY SCULLY. 1995. Introduction. Party Systems in Latin America en Mainwaring S y Scully T (ed) *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*. 1-36. Stanford: Stanford University Press.
- MAIR, PETER. 1993. Myths of Electoral Change and the Survival of Traditional Parties. *European Journal of Political Research*, 24: 121-133.
- MAINWARING, SCOTT, GUILLERMO O' DONNELL and J. SAMUEL VALENZUELA. 1992. *Issues in Democratic Consolidation: The New South American Democracies in Comparative Perspective*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- MCGUIRE, JAMES W. 1995. Political Parties and Democracy in Argentina in Mainwaring S. y Scully T. (ed) *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*, 200-248. Stanford. Stanford University Press.

- MURILLO, GABRIEL y JUAN CARLOS RUIZ. 1995. Gobernabilidad en América Latina: La Desatanización de los Partidos Políticos en Perelli et. al. (comp) *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- NOVARO, MARCOS. 1995. O Debate Contemporâneo sobre a representação Política. *Novos Estudos*, 42, Julio: 77-89.
- O'DONNELL, GUILLERMO. 1979. *Democracy and Bureaucratic Authoritarianism in Latin America*. Berkeley: Insitute of International Studies.
- O'DONNELL, GUILLERMO. 1994. Delegative Democracy. *Journal of Democracy*, 5, 1:
- O'DONNELL, GUILLERMO. 1996. *Another Insitutionalization: Latin America and Elsewhere*. Hellen Kellog Insitute for International Studies. Working Paper 222.
- PERELLI, CARINA y DANIEL ZOVATTO. 1995. Introducción: Partidos Políticos. Liderazgos y Consolidación Democrática en América Latina en Perelli et. al. (comp.) *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- PERELLI, CARINA. 1995. La Personalización de la Política. Nuevos Caudillos, Outsiders, Política mediática y Política Informal en Perelli et. al. (comp) *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- POGUNTKE, T. and SUSAN SCARROW. 1996. The Politics of Antiparty Sentiment: Introduction. *European Journal of Political Research*, 29, 3: 257-262.
- POGUNTKE, T. 1996. Anti-party Sentiment. Conceptual Thoughts and Empirical Evidence: Explorations into a Minefield. *Eurpean Journal of Political Research*, 29, 3: 319-344.
- PRIDHAM, GEOFFREY and PAUL LEWIS. 1995. *Stabilising Fragile Democracies. Comparing New Party Systems in Southern and Eastern Europe*. London: Routledge.
- RIAL, JUAN. 1985. Las Reglas del Juego Electoral en el Uruguay y sus Implicaciones. *Revista Mexicana de Sociología*, :85-109.
- RIAL, JUAN. 1995. Los Partidos Políticos en América del Sur en la Primera Mitad de los Años Noventa en Perelli et. al. (comp) *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- SCULLY, TIMOTHY and SAMUEL VALENZUELA. 1993. *From Democracy to Democracy: Continuities and Changes of Electoral Choices and the Party System in Chile*. Working Paper 199. The Helen Kellogg Institute for International Studies.
- SCULLY, TIMOTHY. 1995. Reconstituting Party Politics in Chile en Mainwaring S y Scully, T (ed) *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America*, 100-137. Stanford. Stanford University Press.
- SCHMITT, HERMANN and SOREN HOLMBERG. 1995. Political Parties in Decline? in Klingemann, Hans and Dieter Fuchs (ed) *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- TORRES, EDELBERTO. 1995. La Gobernabilidad Democrática y los Partido Políticos en América Latina en Perelli et. al. (comp) *Partidos y Clase Política en América Latina en los 90*. Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- VALENZUELA, ARTURO. 1989. *Party Politics and the Failure of Presidentialism in Chile*. Manuscript.
- WEBB, P. D. 1996. Apartisan and Anti-party Sentiment in the United Kingdom: Correlates and Constraints. *Journal of Political Research*, 29,3: 365-382.

## RESUMEN

Este ensayo tiene como objetivo analizar las actitudes hacia los partidos políticos en tres democracias en pleno proceso de consolidación de sus instituciones. Más concretamente, se trata de averiguar si los partidos políticos en Uruguay, Chile y Argentina gozan o no de aceptación entre la ciudadanía y por ende, de legitimidad para guiar ese proceso de consolidación. Mediante la construcción de un índice de sentimientos hacia los partidos se explora, por un lado, la relación entre estos sentimientos y actitudes más generales hacia el régimen político y, por otro, el posible origen histórico y sociodemográfico de esos sentimientos más o menos entusiastas. Mientras que los partidos son ampliamente aceptados en Uruguay y Argentina, lo son menos en Chile donde además el régimen democrático es más cuestionado y la apatía y desinterés ciudadana más extendida.

**Palabras claves:** partidos políticos, sentimientos antipartidistas, consolidación democrática.

## ABSTRACT

This essay analyses the attitudes towards political parties in three democracies currently facing a process of institutional consolidation. I explore whether political parties in Uruguay, Chile and Argentina have the legitimacy to guide this process by studying their acceptance among the citizenship. I build an index of sentiments towards political parties and I explore, first, the relationship between these sentiments and more general attitudes towards the political regime and, second, the possible historical and sociodemographic origins of more or less enthusiastic patterns. Parties are highly valued in Uruguay and Argentina and considerably less valued in Chile, where attitudes towards the political regime are also more ambivalent and political apathy more extended.

**Key words:** political parties, anti-party attitudes, democratic consolidation.